

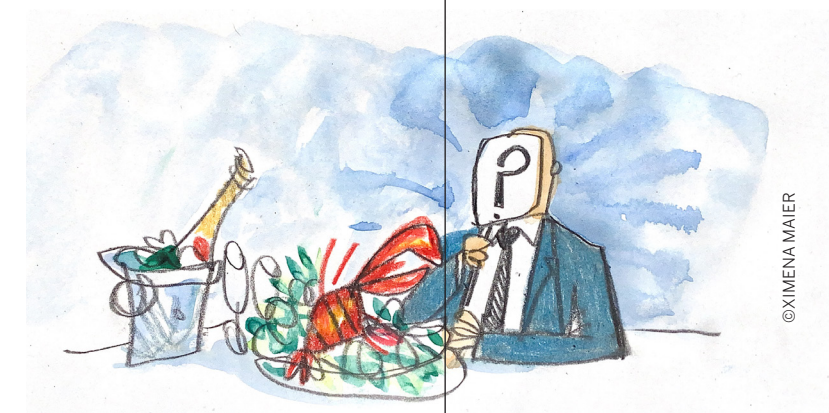
# ¿Qué comen los políticos?

Texto—Andrés Sánchez Magro

La clase política en general habla poco de sus aficiones gastronómicas. Aunque ninguno pierda la ocasión de hacerse una foto con el cocinero famosete y premiado de su territorio, sabemos bastante poco sobre la dieta preferida de los que nos mandan. Será porque vivimos en esta era de mucha imagen, donde los representantes políticos tienen que guardar formas estilizadas, pero la cuestión es que hay pocas fotografías donde se vea comiendo a cuatro carrillos al diputado de turno.

La cumbre europea celebrada en Granada ha tenido un colofón gastro con la cena ofrecida por el cocinero cordobés Paco Morales. Este talentoso creador de una cocina de inspiración andalusí ofreció un menú con lo más representativo de su recetario con su icónico Karim. Como andaluz contiguo, aunque no de la propia capital de La Alhambra, seguramente ha sido elegido por su condición de biestrellado. Ya sabemos que eso tiene tirón, y es algo parecido a los de esos despachos de abogados de campanillas que son la tranquilidad de los Consejeros Delegados del Ibex. Con los menús degustación de los cocineros Michelin pasa lo mismo: aunque pierdas el pleito, en este caso la felicidad del estómago, el precio de la minuta es la garantía de solvencia.

Ya sabemos al menos una cosa, que a los asesores de la Presidencia de Gobierno que han pagado la cuenta de 130.000 € por la cena, les mueve el ánimo pare-



©XIMENA MAIER

cido a cualquier ciudadano, aunque no sea político. Para deslumbrar a la novia, uno la lleva a un Michelin, y tan pancho. Bromas aparte, a diferencia de otros Presidentes, no se conoce del actual cuáles son sus bocados favoritos, ni si hay otros vinos en la cava distintos a los Ribera del Duero que tanto gustaban a Aznar. La bodega de Felipe González es un mito evidentemente prehistórico para los que ahora gobiernan. Tampoco en la oposición ni en los distintos grupos parlamentarios se alardea de las visitas a los restaurantes, seguramente para no hacer ostentaciones y no molestar a la gente que lo pasa peor. Los años de la transición sí que vivieron mucho deambular político por las buenas casas de comida, que ahora sólo queda para los reservados. Así, no es raro ver coches oficiales en los hoteles donde la discreción está asegurada. Qué lejos quedan gobernantes como Winston Churchill, cuyos festivos bebistrones y comilones son célebres.

El único terrícola que posee el honor de dar nombre a un champagne y un puro, encarna un modelo de personaje público que nunca hizo dietas, no practicó mucho ejercicio físico pasada la veintena y, eso sí, como precisaba, no empezó a fumar hasta los 12 años. Los políticos españoles contemporáneos son de un perfil básico en lo gastronómico. Se echa de menos no sólo el flash de la pasarela, sino que en más actos oficiales se coman los productos autóctonos. Y que nuestra gastronomía tan universal esté presente en las comidas cotidianas, con luz y reporteros. Menos glamour de las galas y más ágapes del día a día. ●